

Nastasa en la sombra

Miguel Ángel Esquerdo Pérez

Título: Nastasa en la sombra
Autor: © 2001 Miguel Ángel Esquedo Pérez

I.S.B.N.: 84-8454-227-0
Depósito legal: A-217-2003

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 38 45
C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

A Asun y a mi hijo Miguel

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mi esposa, Asunción, por su paciencia en las horas que ha tenido que estar sin mi compañía mientras escribía este libro. A mi madre, Emilia, y a Mónica, por el apoyo recibido en todo momento. A Ignacio, por su labor crítica durante la realización. A Manuel, por su valiosa ayuda en la revisión última. Finalmente, a Ángela, y a todos aquellos que han leído la novela con anterioridad a su publicación.

Gracias por el apoyo recibido.

PRÓLOGO

Nastasa en la Sombra representa la necesidad del ser humano de buscar respuesta a los sucesos que le son desconocidos, y cómo esa búsqueda incansable de la verdad lleva al protagonista por caminos del todo inimaginables, convirtiéndolo de mero espectador en activo actor.

El protagonista, desde su modesta posición, se tendrá que enfrentar a un sinnúmero de interrogantes que le convertirá en único conocedor de todos los fantásticos sucesos acontecidos en su ciudad desde el año 1666, y de los que irremisiblemente ocurrirán en un futuro próximo. Estos sucesos, relatados en cortos relatos a modo de diario, y reforzados por la sorprendente relación que tienen entre sí las fechas en las que ocurren, son premonición de lo que ha de llegar.

El lector encontrará en esta novela sucesos del todo familiares y otros totalmente sorprendentes, que le hará caminar con interés junto al trepidante desarrollo de la trama. La abundancia de personajes no será óbice para su seguimiento ya que, situados en fechas separadas, no abrumarán al lector.

PREVIO

Hace no mucho tiempo, buscando la tranquilidad olvidada en la urbe de hoy, mi mujer y yo nos trasladamos a una modesta vivienda del decano barrio del Carmen de la calurosa ciudad de Elche. Elegimos este emplazamiento por estar en una zona tranquila de calles estrechas, edificios modernos de poca altura y casas antiguas de gran solera y no menos prestigio.

Nuestra vida discurría anteriormente en otra zona de la ciudad, más moderna y con casi todos los servicios muy cerca, con lo que casi nunca teníamos la necesidad de pasar por aquí. Por lo menos, si yo había pasado alguna vez, nunca me había fijado en la casa vieja que podía ahora ver desde el discreto escritorio desde el cual escribo. Esa casa no tardó en despertar mi curiosidad e interés; y fue debido a un curioso y sorprendente suceso cotidiano que ocurría a unos metros de la misma.

Dicha casa, situada en el número 18 de la calle del Infante, pasa ahora desapercibida para los foráneos al barrio, pero ha sido siempre de sobra conocida entre el vecindario. Y esa casa siempre ha levantado serio temor a aquellos que conocen su historia, y algo más que recelo para el resto de los vecinos. Su estado de abandono y ruina refleja inactividad en la misma. Tan sólo observé movimiento en una ocasión. Fue un día en el que, extrañamente, entró por la puerta principal una bella y alta mujer de cabellos dorados. Apenas le pude ver de perfil, pero bastó para cautivar mi atención. No sé por qué, supuse que sería su dueña y que iría a revisar su estado de ruina. Esperé a que saliera, y así poder verle la cara, pero pasó más de una hora y la mujer

aún seguía dentro, así que pensé que había salido por alguna puerta trasera que no había advertido con anterioridad. Días más tarde examiné los exteriores de la casa y no observé salida alguna adicional, por lo que ese hecho contribuyó a acrecentar mi curiosidad.

I

Normalmente suelo dejar mi destartado vehículo 4L lo más próximo a mi domicilio, lo más cerca que me deja el oportuno hueco abierto entre otros vehículos aparcados. En ocasiones, el trayecto desde el coche me lleva a pasar por delante de dicha casa, la cual, con una sólida pero vetusta fachada, se nota que es la veterana de la calle.

Cada tarde, después de trabajar toda la mañana en mi puesto de profesor *asociado* de la Universidad de Alicante, sigo trabajando en casa con el fin de terminar la dichosa tesis que, hace ya más de dos años, empecé. Por ello me veo obligado a sentarme durante largas horas delante de mi vieja computadora, en el escritorio del pequeño despacho de casa.

Hasta ahora, cuando el cansancio me vencía, acostumbraba a sentarme en la mecedora que tengo junto a la ventana, que mira a Sol naciente, y tomar una pipa como compañera de descanso. Ésta, souvenir de mi último viaje a Galicia, me proporcionaba agradables momentos de reposo, aunque sabía que no era acto saludable. Durante esos momentos de descanso solía mirar a través de la ventana. A través de ella veía la casa del número 18 y parte de la calle. Esa casa me llamaba la atención. Solía mirar fijamente su fachada e imaginar las más curiosas historias vividas por sus moradores.

Ahora ya no lo hago. Me es imposible. Ya se sabe que la curiosidad mató al gato. Pues bien, mi destino caminó durante un buen tramo paralelo a ese gato curioso. Afortunadamente el final fue distinto. Es por esto que puedo escribir estas líneas.

Al principio no le daba importancia, era curioso e incluso grotesco. Sentado detrás de la ventana observaba cómo algunos de mis nuevos vecinos, pues así eran ellos para mí, efectuaban un extraño movimiento en su caminar por un tramo de la calle que tenía justo debajo. Este movimiento se acentuaba justo al pasar por delante de la fachada de la casa. Visto desde la ventana del despacho, se apreciaba con total claridad. Era como si el suelo de la calle de repente se tornara inclinado hacia la casa y fuera necesario contrarrestar dicha irregularidad inclinando levemente el cuerpo hacia el otro costado. La mayoría de vecinos, imagino que para evitar ese efecto, cruzaba de acera justo antes de pasar por delante de la fachada.

Pero una tarde de un quince de julio, precisamente el día en que iniciaba mi período vacacional, la anciana que vivía en el portal situado un número más arriba tropezó al cruzar de acera y cayó. La recibió el duro pavimento de antiguos bloques cúbicos de granito. Sin pensarlo dos veces, bajé a socorrerla. En el trayecto de mi desenfadada huida hacia su auxilio casi derribé a mi mujer que, recién llegada de una visita a sus padres, se disponía a entrar a la habitación conyugal.

Bajé por las escaleras todo lo rápido que pude. Rechacé usar el ascensor pues me ofrecía mayor lentitud.

Cuando llegué a la calle, la anciana aún permanecía en el suelo.

—¿Se encuentra bien señora? —dije.

—Maldito el sitio en que caí —dijo ella.

—Por favor, agárrese a mi brazo.

—¡Déjeme! ¡No me toque! Ya me levanto yo —dijo la anciana—. Maldito el sitio en que caí —repitió.

Con sus aparentes débiles brazos hizo varios intentos de incorporarse ella sola rechazando mi ayuda. Al tercer intento fallido aceptó mi ayuda y conseguí que se pusiera en pie.

—Joven —me dijo—, mejor será que nos vayamos de aquí pronto.

Tuve a bien recibir aquello de *joven*, lo cual me rejuveneció por un breve instante. No sé muy bien porqué, las ancianitas llaman con ese término al resto de nosotros. Claro que, bien pensado, la mayoría somos más *jóvenes* que ellas.

Mi conversación con ella prosiguió al localizarle una pequeña herida en su brazo derecho.

—Observo que tiene un golpe en su codo derecho. Por favor suba a mi casa y le aplicaré una pomada que hace milagros —dije.

—No le conozco. ¿Cómo quiere usted que vaya a su casa? Hoy día nadie se puede fiar de nadie. ¿Dónde vive usted?

—Allí arriba —le señalé con el dedo.

—¡Ah! Es usted *el nuevo*. Eso es otra cosa. El médico que vive arriba de su piso me ha dado buenas referencias de usted. Subiré, pero antes deme mi bolso —lo tenía en el suelo y tuve que acercárselo.

Afortunadamente la anciana cambió de actitud. La cogí del brazo y juntos subimos a casa en donde mi mujer le aplicó un ungüento milagroso que ella misma hace a base de tila, tomillo y otras hierbas.

Aproveché para presentarnos. Aunque yo ya la había visto a ella en repetidas ocasiones a través de la ventana del despacho, aún no nos habíamos dirigido palabra alguna.

—Me llamo Alejandro Lenza. A usted la he visto en varias ocasiones, pero no sé su nombre —dije.

—Mire usted, mis padres, que en paz descansen, me pusieron María Albina Escribano, pero todos me llaman Alba.

—Por favor siéntese —dije—. Le presento a mi mujer Asunción. Ella le preparará y pondrá el emplasto.

—Veo que ustedes usan remedios caseros —dijo con asombro.

—Ya ve que sí. En nuestras familias seguimos las tradiciones de nuestros antepasados, que por cierto son realmente eficaces. No hay mal que no pueda ser combatido con la tradición popular —dije con ánimo de restaurar anímicamente a la pobre anciana.

—No, no creo que todos los males puedan ser combatidos con la sabiduría popular, hay males que hasta los más sabios no saben curar. Ni siquiera sabrían hacer desaparecer las causas que los generan. Hay males que se crean y perduran hasta no se sabe cuándo. De ellos hay que estar siempre lo más lejos posible.

—Bueno, no será para tanto. No hay mal que cien años dure —dije relajando la conversación.

—Usted no se tropiece nunca con uno de ellos o de lo contrario ya verá —me advirtió.

Esas palabras me produjeron un extraño escalofrío que me recorrió de pies a cabeza.

En aquel momento me vino a la cabeza el traspíe que tuvo al cruzar de acera y aquella forma extraña y grotesca de caminar por la calle al llegar a la altura de la fachada. Aproveché el momento para preguntarle la causa de aquellos movimientos contra-natura.

—A usted la he visto en varias ocasiones atravesar la calle y siempre que pasa por delante de la casa, que está justo enfrente de donde ha tropezado, se cambia a la acera opuesta o

sigue por la misma acera, caminando entonces de una forma muy extraña, ¿por qué?

La anciana no articuló palabra, en cambio apartó la mirada tocándose con la mano izquierda la zona de piel que, algo erosionada e hinchada por el golpe, parecía no tener mayor mal, afortunadamente.

Pero yo, dispuesto a saber el porqué de aquel misterioso movimiento, le volví a interrogar.

—¿Pasa algo en ese sitio para que ocurra todo eso? ¿Hay algo en esa casa que lo provoque?

La anciana siguió callada. Aunque me estaba escuchando, lo sabía a ciencia cierta. Estaba molesta por el golpe y le dejé algo de tiempo para que respondiera. Pero siguió sin articular palabra, con lo que proseguí con mi ataque de preguntas para derribar el muro de dudas.

—También he observado que otros vecinos lo hacen. Observo que si bien no cambian de acera, su andar se torna levemente irregular, inestable según el sentido común. Pero, paradójicamente, esto no ocurre con todos, de hecho yo mismo he pasado por delante de esa casa y no he notado nada extraño, ¿podría usted aclararme este misterio que me intriga desde hace unas semanas?

El semblante de mi vecina Albina cambió de forma perceptible. Ahora parecía estar más asustada que dolorida.

Después de una pausa de unos segundos me dijo con tono grave y misterioso:

—Hijo, cada cosa en este mundo tiene su sitio. El fuego en el horno, la llama en el candil, las personas en sus casas... —dijo debilitando su voz—. No es bueno sacar las cosas de su sitio. Tampoco es bueno remover el pasado. Lo pasado, pasado está. Lo

malo que queda del pasado, cuanto más dormido esté, mejor para todos. Si a ti no te molesta la casa, mejor que no preguntes más.

Sus palabras, en vez de aplacar mi curiosidad, la elevó a niveles extraordinarios. Tenía que saber más de aquel asunto enigmático.

—Perdone mi insistencia, pero no puedo dejar un enigma sin resolver; y menos cuando ni he empezado a entenderlo. Por favor, dígame qué sucede con esa casa que parece incomodar a más de uno en este barrio. Algo me dice que usted sabe lo suficiente del asunto como para satisfacer mi curiosidad. ¡Explíqueme qué pasa con la casa! —le dije con un cierto aire que rozaba la impertinencia.

La anciana Albina pareció recapacitar. Luego me miró fijamente.

—Bueno Alberto, ¿era así como me dijo usted que se llamaba?

—No señora. Soy Alejandro. Pero si no se acuerda, puede seguir llamándome *joven*. Me agradó que me llamara así.

—Bueno *joven*, veo que usted es bastante terco y puedo observar en su cara que no parará hasta conocer toda la verdad. Pero no creo que pueda obtener toda la verdad sobre la casa. Créame, nadie sabe todo acerca de la casa. Sólo se conoce una parte —dijo la anciana.

—Me deja usted de nuevo en ascuas —le dije solicitándole indirectamente que fuera más explícita.

—Entonces lo que tiene que hacer usted es acercarse a mi humilde hogar y le enseñaré algo que hará disminuir su curiosidad, a la vez que le hará aumentar su desasosiego.

Era tentadora la invitación que me estaba ofreciendo en aquel tenso momento, pero sólo me limité a acompañarla de regreso a su casa. Consciente del estado de la pobre mujer des-

pués del traspie, le comenté que iría a su casa al día siguiente por la mañana, que al ser fiesta local, ella no tendría que hacer la compra, lo que me permitiría estar más tiempo viendo lo que tan misteriosamente tenía que enseñarme.

Esa noche no quise cenar y, cómo no, me era imposible conciliar el sueño. Tenso aún por la conversación con Alba decidí escuchar la radio tendido en la cama junto a mi esposa, que estaba ya dormida. Al final conseguí que me venciera el sueño.

Al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, cogí una libreta de notas y me acerqué a la casa de mi singular vecina. Era una mañana luminosa, con un cielo azul intenso. Al llegar, Alba se encontraba limpiando el portal, parecía como si nada le hubiera ocurrido el día anterior. Tenía un aspecto recuperado y saludable. Me alegré. El percance podría haber sido mucho peor. Inmediatamente inicié los saludos de rigor.

—¡Buenos días, Alba!

—Buenos días *joven*. Llega usted temprano.

—Realmente estoy impaciente por ver aquello que tiene que mostrarme —dije con evidente interés.

—Pues pase usted adentro. Ya estoy acabando con esta entrada. ¡Siempre está llena de polvo! Cada día me toca barrerla. Si no lo hago, acaba entrando todo el polvo a las estancias de dentro. Aquel rincón, ¿sabe usted?, coge mucho polvo —señaló con el dedo—. Cuando paso por al lado siempre se levanta polvo y, claro, luego va a los muebles —dijo mientras dirigía su mirada hacia una pequeño sinfonier.

Entré a la casa de Alba y con discreción examiné su interior.

Era sorprendente el buen estado de conservación de su residencia, que evidentemente no era reflejo de su aspecto exterior, necesitado de una rehabilitación.

Nada más entrar me encontré en un inmenso recibidor que casi superaba en dimensiones a cualquier habitación de tamaño medio. El suelo, de mosaico muy pequeño, se extendía por toda la estancia en figuras multicolores, predominando el rojo y el azul. Más tarde supe que eran piezas de cerámica de las primeras fábricas de Manises. El techo, muy alto, estaba inversamente coronado por una lámpara de grandes lágrimas de cristal con brazos muy largos. No hizo falta encenderla, había suficiente luz.

A ambos lados del recibidor se abrían sendas puertas a otras tantas estancias. Una de las puertas estaba entreabierta y se podía adivinar una habitación dedicada a salita de estar. La otra puerta permanecía cerrada, lo cual me impidió ver qué había en su interior.

El recibidor comunicaba con el salón principal a través de una gran puerta que separaba ambas estancias, la cual me llamó la atención por las dimensiones que tenía. Era inmensa, de dos hojas y hecha de madera, con ocho cristales transparentes en cada hoja dispuestos en dos columnas de cuatro cuadros y enmarcados desde una altura de un metro aproximadamente hasta lo más alto de la puerta.

Si ya el recibidor me pareció enorme, el salón, que ocupaba el ancho de la vivienda, me pareció magnífico. En él se veía una mesa de comedor. Era ovalada, muy alta y grande. De un estilo de otra época pasada, estaba fabricada en madera noble, con los bordes y las patas talladas con formas caprichosas. La rodeaban seis sillas de respaldo alto y tallado minucioso. En una de las paredes descansaba una gran cómoda con un sinfín de cajones y de estilo en concordancia con el de la mesa. Encima de ella había innumerables retratos enmarcados, posiblemente de familiares suyos. Un espejo dominaba la cómoda, que servía también de soporte para más fotos. Algunas de ellas de

tonalidad sepia revelaban claramente la antigüedad de las mismas.

Colgados sobre las paredes había lienzos con retratos de semblante serio. Sólo había uno de una chica joven muy bella, que tenía una cara sonriente. Esa mujer de ojos rasgados me hizo pensar en mi vecina, que aún estaba en la entrada.

Por fin Alba acabó su faena. Entró y dejó provisionalmente la vieja escoba a un lado. Dejó la puerta abierta pero, para evitar las miradas indeseadas, desató una cuerda atada a un lado del marco y bajó la persiana exterior de láminas finas de madera para que pudiera pasar una pequeña corriente de aire, dejando el interior de la casa con su intimidad intacta.

—Bueno, ya estoy con Usted —me dijo.

—Esa de ahí es Usted, ¿verdad? —dijo, dirigiendo la mirada hacia la mujer del cuadro.

—Exacto. Mi padre, que en paz descansa, era un excelente pintor y me hizo este lienzo cuando tenía diecisiete años. También pintó todos los que usted ve alrededor.

—¿Era pintor su padre? Me refiero a si se ganaba la vida pintando cuadros...

—No, no ha llegado a vender ninguno, ni creo que se le hubiese pasado por la cabeza. Él era de profesión notario. En nuestra familia esto viene de antiguo, ¿sabe usted?

Volví a mirar el cuadro fijamente cuando de nuevo mi nueva amiga Alba requirió mi atención.

—Por favor, no se quede ahí de pie y siéntese en el sofá —dijo ella mientras subía por una escalera que ascendía por un lateral de la estancia hasta el piso superior. La anciana desapareció escaleras arriba.

Me senté en aquel cómodo sofá. Por un momento olvidé a lo que había ido a esa casa.

Cuando volví de esa breve ausencia, recordé que la anciana me dijo que tenía algo que enseñarme. “¿Pero qué?, ¿sería otra pintura?, ¿algún tipo de amuleto tal vez?», pensé.

Pasaron unos largos minutos hasta que vi bajar a Alba con una caja cubierta de polvo. Con cuidado la dejó en la mesa-camilla situada delante de mí. Ella se sentó en el butacón que tenía a mi lado derecho.

—¡Abra la caja!, por favor —me dijo con determinación.

Hice lo que me ordenó, lo cual dejó a la vista un libro muy viejo, con las tapas descoloridas por el tiempo, pero con una apreciable y robusta encuadernación. Me recordaba a aquellos incunables que mis colegas de la Universidad de Oviedo me enseñaron por allá por el año noventa y cuatro.

—En ese libro encontrará parte de la explicación que va buscando. Pero, antes de que lo abra y lo lea, déjeme que le cuente lo que mi padre me dijo acerca de la historia de esa endiablada casa.

El semblante de la anciana mujer se tornó grave y severo. Reflexionó un momento y, después de unos largos segundos, abrió su memoria para mí. Gracias a ella, fui partícipe del conocimiento de uno de los más extraños sucesos con los que jamás me topé.

—La historia comienza —dijo la anciana—, por lo que recordaba mi padre y recuerdo yo ahora, en el momento en que antepasados nuestros vinieron a este pueblo por motivos de trabajo. Le estoy hablando de hace mucho, mucho tiempo. Sería a primeros del año 1599 cuando una rama de mi familia vino desde la isla de Malta hasta este lugar para hacer fortuna... —su mirada se perdió en una foto de la cómoda— ¡Fíjese us-

ted! Allí se hablaba de que tantas eran las riquezas que llegaban de las Indias que parte de ellas se repartía entre la población. Cuando esas pobres gentes llegaban aquí, descubrían que eso no era así.

»Al principio vinieron por mar dos hermanos: Marco y Teseo. Después de desembarcar llegaron a este pueblo. Pero sólo Teseo, el hermano de menor edad, decidió quedarse. Marco siguió tierra adentro y, según parece, se estableció en Villena, pueblo donde hizo fortuna y familia.

»Al principio Teseo tuvo que alojarse en las cuevas de la zona baja del pueblo. Allí contrajo matrimonio. Tuvo un hijo pero a los pocos años falleció de una extraña enfermedad. Esto provocó un gran trastorno a Teseo. No tardó en hacer un dinero trabajando en la escamonda en los terrenos del Marqués de Daimés. Dicho trabajo estaba y aún está muy bien remunerado, así que consiguió el dinero suficiente para comprar un terreno en las afueras, entre el barranco del canal y el *Huerto de Ripoll*.

—¡Pero el Huerto de Ripoll está muy cerca de aquí! —interrumpí mostrándome muy sorprendido.

—Efectivamente, y el terreno que compró es sobre el cual está edificada esa casa que tanto trastorno nos causa —dijo ella—. Pero, por favor, déjeme que le siga contando...

»Ya por el año 1615, Teseo inició la construcción de lo que sería su morada definitiva en la ciudad. Fue un caserío grande y magnífico, en el que vio nacer al año siguiente a sus hijos mellizos Emigdio y Zárate, por orden de salida del vientre materno.

Más tarde sus hijos fueron padres. Teseo tuvo dos nietas por parte de su segundo hijo y tres nietos por parte de su tercer hijo, ya que, como le dije, su primer hijo falleció.

»Teseo, que venía de una familia con un alto nivel cultural, cambió rápidamente su trabajo de escamondador por el de escribano del Marquesado, lo cual le reportó mayores ingresos. Ingresos que le permitieron acumular una gran fortuna. Su primer hijo, al fallecer demasiado joven, hizo que su segundo hijo, Emigdio, fuera el que siguiera la tradición de escriba. Sin embargo, no estuvo mucho tiempo ejerciendo y lo dejó, así que tuvo que tomar el relevo Zárate, el tercero de sus hijos.

»Este hecho conllevó a que Zárate fuera el que más cariño acumulara hacia su padre Teseo, con lo que al morir éste recibió la mayor parte de la herencia, incluyendo la propiedad de la casa.

»Ambos hijos fueron hombres muy fuertes y longevos: Zárate vivió 50 años y su hermano Emigdio seguro que más. Apenas enfermaban. Además Emigdio, a pesar del paso de los años, no daba apenas señales de vejez, hecho que le dio fama de tener pactos con el diablo. Zárate, luchador y constante, logró posicionar a la familia entre las mejores del pueblo. Su hermano mayor, en cambio, no logró tener tan buena posición y tomó celos de Zárate. Pronto quiso obtener alguna compensación por la parte de herencia que no le tocó. Pero, sin que se sepa por qué, un buen día Emigdio desapareció y nadie pudo verle nunca más. Abandonó a su esposa e hijos. Pero la esposa murió al poco tiempo y su hermano Zárate tuvo que hacer de padre adoptivo para que las pobres criaturas crecieran felices.

»Pero ya se sabe que cuando la familia y el dinero se juntan, el diablo aparece. Algo debió ocurrir en la familia, pues según unos labriegos que se dirigían una tarde hacia la casa, ésta de súbito comenzó a arder. El maravilloso caserío se convirtió de repente en una inmensa tea, que desprendía un calor infernal. Zárate y sus dos sobrinas estaban en su interior. Los habitantes de alrededor se acercaron para ver el espectáculo, pero se tuvieron que quedar en el borde del bancal debido al calor

que desprendía el caserío. Se oyeron los gritos de dolor de las personas que estaban allí dentro. Según los testigos, los gritos eran terriblemente estremecedores.

»Al día siguiente, los tres hijos de Zárate no pudieron hacer más que llorar a su padre y a sus primas. Cuando retiraron los restos calcinados de la casa no encontraron el más mínimo resto de los cuerpos. Allí sólo había ceniza y más ceniza entre la montaña de muros derruidos. Incluso el metal que había en la casa desapareció completamente. Sólo quedaban piedras semifundidas y cenizas.

»Los tres hermanos, viendo que las riquezas acumuladas por su padre y su abuelo habían quedado reducidas a unas pocas tierras y una casa derruida, decidieron vender los bancales, y con el dinero obtenido construir una casa para cada hermano. Así, en el terreno donde antes se levantaba el caserío que los vio nacer, comenzaron a construir la casa del hermano mayor, Zárate. Luego la del segundo hermano al lado izquierdo y al final la del hermano pequeño al lado derecho de la casa del mayor.

La anciana hizo una breve pausa en su largo discurso, lo cual me sirvió para situar mis atrasadas anotaciones en el punto actual de la historia. Procuraba anotar todo lo que decía con toda la precisión posible.

Alba dio un fuerte suspiro y luego continuó:

—Fue a partir de entonces cuando comenzaron a producirse infinidad de hechos misteriosos que hasta hoy mismo han acompañado a los descendientes de Teseo y a la casa que levantó Zárate hijo, la cual misteriosamente aún sigue en pie, y que es la que tanto trastorno nos provoca hoy en día.

—¡No me diga que esa casa que les provoca tanta aversión es la de aquél Zárate! —dije con evidente asombro.

—Eso es —dijo ella.

—Pero, ¿cómo puede una casa permanecer en pie casi cuatrocientos años? —dijo con escepticismo.

—¡Bueno! Exactamente la misma no es, se sabe que ha sido reconstruida al menos una vez. Fue cuando lo del terremoto de Torre Vieja, hace ya más de doscientos años. Además, las familias que han vivido en esa casa siempre han hecho sus retoques. Pero las paredes más gruesas y la fachada son las construidas por aquel Zárate y sus dos hermanos.

—Entonces será casi la casa más antigua de la ciudad, ¿no? —dije.

—Es de las más antiguas y poca gente lo sabe.

—¿Y usted dice que en la casa comenzaron a producirse acontecimientos extraños? —dije con recuperado interés.

—Sí, desde que se construyó fueron muchos los misterios que rodearon a esa casa y muchas las leyendas que se han contado. Algunas historias son pura fantasía, pero otras están muy cercanas a la realidad. Una de esas historias la podrá leer en el libro que está a punto de abrir, el cual es uno de los diarios escritos por mis antepasados. Ya sabe usted que mi familia ha sido de gran tradición escriba y algunos de mis familiares decidieron dejar constancia de los sucesos que les acontecieron. Además, precisamente de ahí viene nuestro apellido.

Con aquellas palabras mi buena vecina no hizo más que aumentar al punto culminante el interés que tenía por aquel misterio. No podía esperar, tenía que leer aquel ancestral manuscrito. Era mi oportunidad de llegar al límite de la comprensión posible de lo que allí aconteció. Pero antes de nada le pedí que me aclarara la existencia de los otros diarios que me comentó:

—Usted me dijo que este libro es *uno* de los diarios escritos por sus antepasados, ¿acaso hay más diarios? —le pregunté.

Se hizo un silencio. Ella se quedó entonces pensativa, como recordando algo olvidado en lo más profundo de sus recuerdos.

—Recuerdo que mi padre, que en paz descansa, me dijo que este es el último diario que se escribió de la casa. Pero creo recordar que me comentó, justo un año antes de fallecer, que hay otros dos libros más que hablan sobre otros tantos misteriosos acontecimientos que han ocurrido en esa misma casa, pero que a él sólo le llegó uno en herencia, que es el que usted tiene delante. Los demás diarios —hizo de nuevo una pausa— los tendrán otros familiares...

De repente, su semblante cambió. Algo me decía que su relación con esos otros parientes no iba muy bien. No quiso hablar más del tema. Yo tampoco quería horadar viejas heridas que, aunque ocultas al resto de individuos ajenos a la familia, ahora emanaban de su tajante cambio de actitud.

Con buenas palabras le rogué que me prestara el diario por unos días para poder leerlo en el rincón de tranquilidad del escritorio:

—Bueno, mi estimada Albina, espero que confíe en mí y me preste por unos días para que pueda leerlo —le dije mientras cerraba la caja.

—Por favor lléveselo, hasta ahora nadie ha tenido un interés tan desmesurado como el que usted ha tenido por esa casa y por indagar en su historia. Espero que esto pueda hacerle ver el porqué de muchos de nuestros temores. Encontrará lo que busca a partir de la página sesenta y seis.

Cuando me dijo aquello, cual niño con juguete nuevo, así con fuerza la caja que lo guardaba y me dirigí sin demora hacia el despacho de casa para iniciar la lectura de tan singular valija.

La búsqueda de soluciones a mis dudas estaba teniendo sus frutos. Sin embargo, esa búsqueda había abierto muchos más caminos de los que imaginaba. Uno de esos caminos estaba ya delante de mí. Había más caminos, había más cuadernos, pero presentía que no serían de fácil localización.

Más tarde tuve que despertar todo mi ingenio y capacidad de raciocinio para poder localizar y comprender los otros escritos con los que me enfrenté. Pero, antes de que eso ocurriera, aún tenía por delante la lectura de aquel diario que un antepasado de Alba tuvo la valentía de escribir, a pesar del difícil y desconcertante camino que tuvo que atravesar. Ese antepasado consiguió con gran entereza y serenidad reflejar hacia el futuro la desdicha de los suyos.

II

Ya situado en el escritorio, abrí con delicadeza la caja. Saqué el diario que, a pesar de ofrecer un aspecto envejecido, mostraba solidez al tacto. Su autor lo había encuadernado con esmero. Con emoción creciente procedí a su apertura.

Los bordes de las páginas aparecían viradas al ocre. La escritura, a mano alzada y algo apagada, conseguía no perder la horizontalidad del renglón. Comencé su lectura.

Diario de Francisco Escribano Sanchís.

Elche, a 25 de octubre de 1861.

A la edad de 18 años, y en la fecha antedicha, inicio este diario a la luz de las pocas velas que a mi alrededor dispongo.

Hoy hemos iniciado una nueva vida en esta casa que mi más querido abuelo Fernando nos ha dejado en herencia. Ha estado vacía durante muchos años y, aunque parece sólida, tendremos que hacerle algunas reparaciones en el tejado y en uno de los muros del patio interior para poder quitarle la humedad que allí se acumula. Mi Padre Francisco, maestro de varios oficios, me estuvo enseñando las artes de la carpintería. Entre los dos podremos reparar cualquier desperfecto que podamos encontrar. Hoy sólo nos ha dado tiempo a descargar del carro todos nuestros enseres que traemos desde Abanilla, localidad donde hemos vivido hasta ahora y en donde hay epidemia de cólera. El viaje ha

sido largo y ha durado todo el día, pero al fin pudimos llegar sin percances importantes. Sin embargo, se nos ha roto parte de la vajilla de loza, lo que ha ocasionado gran pesadumbre en Madre. Por suerte no nos pilló lluvia al pasar por el puerto de la Sierra de la Pila.

26 de octubre de 1861: Hoy el día ha salido soleado y hemos podido localizar qué tejas son las que necesitan urgentemente un cambio. Algunas están muy agrietadas. Nos han comentado que en el palmeral norte hay un horno de cerámica. Mañana iremos a por algunas tejas nuevas. También hemos visto que cerca de aquí hay un carpintero que nos puede proporcionar buenas tablas para el tejado y el muro.

Padre ha entablado amistad con un vecino y creo que van a iniciar un negocio de pieles para hacer alpargatas.

27 de octubre de 1861: Por fin hemos acabado de arreglar el tejado. Desde arriba se pueden ver casi todos los tejados de las casas de alrededor en dirección oeste y norte, así como los huertos de palmeras mirando hacia el este y el sur. Hoy llovió, pero por fortuna lo hizo al final de la tarde, justo cuando acabamos la faena.

28 de octubre de 1861: Hoy he conocido a Juan Antonio, derramador de la comarca, el cual es muy querido en la familia de Doña Antonia Felipa, la Marquesa. Le he comentado la necesidad de conseguir unos reales trabajando como aquí lo hicieran mis antepasados, es decir, de escribano, ya que eso supondría poder convivir entre libros y sabiduría, pues es muy conocido

en la zona el interés que la Marquesa tiene por las ciencias.

Juan Antonio me ha dicho que verá si puede hablar con la Marquesa y explicarle mi caso.

[...]

Francisco siguió con hechos cotidianos y poco significativos para el asunto que nos concierne, pero su contenido dejó de ser irrelevante unas hojas más adelante, cuando Francisco alcanzó mediados de diciembre de ese mismo año.

15 de diciembre de 1861: He tenido mala noche. Nada más acostarme comencé a escuchar ladridos que provenían del exterior de la casa. Me asomé e innumerables canes rodeaban la casa ladrando sin parar. Algo motivaba el ladrido enloquecido de cada miembro de la jauría. Padre salió con una antorcha encendida y consiguió ahuyentarlos pero permanecieron ladrando en la distancia. Algunos aullaban de un modo estremecedor, parece como si quisieran decirnos algo.

Me acosté, momento en el que comencé a experimentar un profundo cansancio que me abocó al sueño más profundo. Tuve horribosas pesadillas que me despertaron en varias ocasiones cubierto completamente en un abundante sudor. Sólo recuerdo con claridad el último de esos horribles sueños, en el cual experimenté una caída en espiral hacia un vacío infinito y oscuro, tornándose a un gris oscuro mientras miles de agujas venían en mi contra, atravesándome posteriormente la piel y quedándose dentro de mis vísceras. Las agujas se transformaron en horribles moscas que se movían sin control en mi interior haciendo que me revoliera sobre mí. Luego el abismo en el cual caía se convirtió en una

resonante y profunda garganta de bestia en donde miles de cabezas de perro ladraban alocadamente a mi alrededor, momento en el que me desperté. Eran las cinco de la mañana.

Ya no me pude dormir. Los rayos de la luna llena inundaban la estancia produciendo un brillante reflejo en el suelo. Decidí asomarme a la ventana para poder verla con más claridad. Abrí la ventana. Una bocanada de aire frío se introdujo en mi cuarto y me hizo tener un fuerte escalofrío. El brillo de la luna deslumbraba, pero aún dejaba ver las estrellas más brillantes de alrededor. Aunque no se oía ningún ladrido, me asomé para ver si aún quedaba algún perro rondando la casa, momento en el que resbalé ligeramente, lo cual me obligó a apoyarme en el borde de la repisa exterior del marco de la ventana. Entonces noté con asombro que la pared exterior de la casa estaba extraordinariamente caliente, algo imposible pues la chimenea queda justo al otro lado de la casa. Además, era un calor intenso, insostenible incluso para la palma de la mano durante más de unos segundos. También, misteriosamente, el tacto de la pared, que debería ser rugoso, era extremadamente suave.

El frío era intenso y tuve que cerrar la ventana. Sentado en la mecedora esperé a que amaneciera, observando de vez en cuando la burlona cara de la Luna.

16 de diciembre de 1861: Hoy es fiesta en el pueblo y no me ha apetecido salir al baile. He estado todo el día deambulando por casa pensando en lo sucedido la noche pasada.

17 de diciembre de 1861: Padre salió con los primeros rayos del alba. Al parecer, hoy ha tenido que

ir fuera del pueblo para adquirir una nueva partida de pieles. Ya temprano fui al caserío de la Marquesa, pues Juan Antonio, el derramador, consiguió hablar con ella y me concertó una cita para hoy. Me ha sorprendido la generosa hospitalidad de Doña Felipa. Juntos hemos hablado del pasado de mi familia que, con gran entusiasmo y fidelidad, ha servido para dejar constancia de lo ocurrido en el Marquesado durante un buen periodo de años. Haciendo gala a mi apellido y con gran ilusión para mí, me ha asignado el puesto de escriba del Marquesado, el cual permanecía vacante desde hace unos meses. Me ha indicado que debo mantener la biblioteca y levantar acta de todo lo que acontezca, con lo que mis deberes van a ser mayores de lo que yo había supuesto. Realmente no me importa, pues esta es labor ligera en comparación con la de los comerciantes y labradores.

[...]

A partir de esa fecha y durante dos años, Francisco estuvo escribiendo con frecuentes saltos en el calendario atribuidos, según él, a su intenso trabajo de clasificación y ordenación de los legajos que la Marquesa tenía en su biblioteca y que habían sido deficientemente ordenados por su anterior y querido archivero *Toñete*, el cual trabajó hasta muy avanzada edad.

Francisco, que hasta su llegada a esta ciudad no tuvo problemas de salud, anotó que comenzó a experimentar ocasionales subidas de fiebre muy intensas pero de duración breve. Lo más extraño era que casi siempre estaban relacionadas con noches de ladridos y pesadillas como la vivida aquel quince de diciembre. Conforme trascurrían los meses, se repetían cada vez con mayor frecuencia aquellas odiosas noches.

Continué leyendo el manuscrito y, ya por la tarde del segundo día, mi lectura llegó a la página que Alba me había comentado. Era la página número 66 y a partir de ella estaba

plasmado día a día el más impresionante suceso con el que jamás me había encontrado.

20 de enero de 1864: He vuelto a tener las mismas pesadillas de siempre, pero ahora han sido portentosamente reales. Como todos los días, abrí la ventana de buena mañana para recibir el alba y comprobar que la pared exterior ya no quemaba como en el resto de ocasiones. Hoy, extrañamente, aún seguía caliente, aunque no tanto como de madrugada. Decidido a ignorar de nuevo lo sucedido y comenzar un nuevo día bajé a desayunar. Madre, ya en pie, me había preparado algo de desayuno. Esperaba tomarlo tranquilamente, pero un extraño suceso me lo impidió.

Mientras estaba tomando mi habitual cuña de fogaseta, sentado ya en una silla cercana a la pared, he notado algo muy extraño. Algo ha pasado que ha hecho inclinarme hacia la pared. Ha sido solamente durante un breve instante, pero he notado claramente cómo mi cuerpo ha tenido la tendencia de acercarse a la pared. Le pregunté a Madre si le había ocurrido algo parecido y me dijo que no.

El resto del día ha sido atareado. Un gran número de agricultores arrendatarios ha ido a la casa de la Marquesa a expresarle sus quejas y he tenido que levantar acta de todo lo sucedido.

Hoy me voy a acostar pronto.

21 de enero de 1864: Hoy, nada más levantarme para efectuar mis más urgentes necesidades matutinas, he vuelto a experimentar lo de ayer en el desayuno, pero ahora con más intensidad. A Madre le ha ocurrido lo mismo y ha dado un gran grito de sorpresa. Pasado el

susto, nos reunimos después del desayuno. Hemos llamado a Padre y a mi hermano José. Juntos hemos hablado del asunto. Parece que a José ya le había ocurrido antes en varias ocasiones pero no lo había comentado. Nos ha dicho que, hace una semana aproximadamente, mientras descendía por la escalera, notó que la pared le atraía. Según él, hubo un momento de máxima atracción que fue a la altura del sexto escalón comenzando desde abajo, momento en el que tuvo que asirse fuertemente al pasamanos para evitar trastabillar y caer rodando por las escaleras. Por la tarde, el fenómeno se ha vuelto a repetir. Esa vez ha durado más que las otras ocasiones.

Espero que este fenómeno se acabe pronto, pero algo me dice que no será así. No sé cuál puede ser la causa de estos misteriosos sucesos. Creo que algo tienen que ver esos canes enloquecidos, estas malditas pesadillas y esa sospechosa alta temperatura que emana de la pared por las mañanas. Pero, ¿qué puede ser? Estoy seguro que es algo explicable por las ciencias. Mañana intentaré buscar en la biblioteca de la Marquesa algún libro de Ciencias Físicas que me pueda explicar esos sucesos. Hemos acordado no comentar de momento el asunto para no levantar sospechas de brujería en este supersticioso pueblo. Por hoy ya está bien de sustos, mañana intentaré resolver el enigma entre los libros de la Marquesa.

22 de enero de 1864: anoche me acosté tarde. Le estuve dando vueltas al asunto. En cambio, hoy me he levantado pronto. Al igual que días atrás he comprobado la cara exterior de la pared y, cosa ya bastante habitual, estaba caliente a pesar de haber un frío cortante en el ambiente.

He desayunado temprano para llegar cuanto antes al caserío de la Marquesa e intentar localizar en el cúmulo de libros apilados en la biblioteca alguna razón de esta sinrazón. Entre innumerables libros de ciencias físicas y químicas, donde estaban los de D'Alembert, Boyle, Guericke, Huygens y otros, he escogido rápidamente tres: El 'Sidereus Nuncius', de Galileo, el 'De Revolutionibus Caelestium', de Copérnico y otro que me ha llamado poderosamente la atención, el 'Principios matemáticos de la filosofía natural', de Newton. Además, dentro del libro de Newton había una anotación de su fecha de natividad y de defunción. Curiosamente, su fecha de nacimiento, 1665, casi coincide con la fecha de construcción de esta casa, que fue un año después. Los otros dos libros están escritos en latín, pero hay suficientes anotaciones en castellano como para comprender las líneas básicas de sus teorías.

Hoy acabé pronto mis tareas para hoy asignadas y Doña Felipa me ha permitido volver con los míos antes del ocaso. En un acto de suma generosidad me ha dejado llevarme a casa el 'Principios' de Newton para poder estudiarlo.

Al volver a casa, mis Padres me han dado malas noticias: los sucesos de atracción hacia las paredes, en lugar de decrecer, han aumentado en duración y fuerza. Ahora en cualquier momento puede sentirse que la pared atrae. He dicho a Padre, Madre y hermano que debemos estar lo más alejado posible de las paredes que, si bien no parece un fenómeno letal, he de investigar y asegurarme que así sea. Dicho esto, hemos cenado y nos hemos ido a dormir.

Como medida de precaución he situado la cama en el centro de la habitación, justo donde la fuerza de

atracción debe ser igual en todas direcciones. Si Newton tenía razón, éste debería ser un punto neutral.

23 de enero de 1864: El suceso de las paredes ha tenido en el día de hoy su más terrible e insospechada consecuencia.

Estando el Sol ya avanzado de su cotidiano orto, me he despertado por los gritos de auxilio que en la habitación contigua salían. Era José, mi hermano. Nada más oír los gritos he salido en su ayuda, evitando en la medida de lo posible el contacto con las paredes. Cuando entré en su habitación para socorrerle, lo encontré medio incorporado en la cama, encarado a la pared y haciendo unos movimientos muy extraños. En ese momento me aproximé y cuál fue mi sorpresa al ver que tenía el dorso de la mano izquierda adherido a la pared.

José, haciendo caso omiso a las observaciones de precaución de la noche anterior, no separó su cama de la pared y, al parecer, en una de las veces se dio la vuelta y reclinó el brazo sobre la pared, de forma que el dorso de la mano quedó apoyado completamente.

Mi hermano, a pesar de estar haciendo múltiples intentos, no conseguía separar su mano del tabique.

Examiné con cuidado tan extraño suceso y vi que, evidentemente, sin ayuda no podríamos despegar aquella mano. Se me ocurrió que, tal vez, con un poco de aceite o con agua caliente se despegaría. Así que bajé a la cocina a por estos benditos líquidos, dejando a José con Madre, que había subido también. Localicé rápidamente el porrón con aceite de oliva que Madre usa para las comidas y puse en el fogón una cacerola con agua pa-

ra calentar. Le dije a Padre que me avisara cuando rompiera a hervir. Luego, subí a la habitación de José para usar aquel esperanzador aceite. Con cuidado lo puse entre la pared y la mano. El aceite se derramó por la franja de unión entre la mano y la pared. Pero la mano seguía sin separarse. Padre avisó que el agua ya estaba en su punto para ser usada, con lo que le dije que me la subiera. Esperé a que se enfriara un poco, limpié la zona con un pañuelo que Madre tenía en uno de sus bolsillos y derramé el agua de la misma forma que hice con el aceite. Esperé un poco a que la unión se reblandeciera. Intenté de nuevo volver a separar la mano de aquella diabólica pared. Tampoco hubo éxito.

Habiendo desistido del segundo intento, me senté en la silla adjunta a la cama a reflexionar sobre aquel misterio. Recordé que tenía aquel libro que hablaba sobre la gravitación de los cuerpos, escrito por Isaac Newton y que, precisamente, lo traje a casa para ver si arrojaba algo de luz sobre aquellas misteriosas atracciones. Sin pensarlo dos veces, fui a por él y me lo traje a la estancia de José para poder leerlo a la vez que le hacía compañía. Estuve alrededor de una hora leyendo rápidamente para localizar algún texto relativo a aquella atracción de nuestros cuerpos y la misteriosa adherencia del dorso de la mano de José sobre la pared. Después de diversos preámbulos a la teoría, en la décima página, había una afirmación que me llamó la atención, en ella se decía que 'cada cuerpo atrae a otro con una fuerza que es directamente proporcional a las masas e inversamente proporcional al cuadrado de las distancias'. Según Newton, esta afirmación estaba sustentada en diversas observaciones de los cuerpos celestes y en la lectura de las observaciones y leyes de Kepler sobre el movimiento de los planetas. Por un mo-

mento pensé que, tal vez, en las paredes hubiera algún componente que estuviese creando esa atracción, pero ¿cómo es posible que hasta hace unos días no hayamos experimentado fuerza alguna? Además, ¿cómo explicar la misteriosa adhesión de la mano a la pared?

Intentando buscar alguna solución en aquel libro, se hizo la hora de comer. Madre nos hizo un potaje de verduras que tuvimos a bien tomar en la misma habitación. A José le preparamos un asiento provisional con la almohada y algunas mantas dobladas. Tuvo que flexionar levemente sus rodillas para que Madre pudiera poner el plato encima. Comimos y charlamos lo más tranquilos que pudimos a pesar de que era apreciable un cierto nerviosismo por parte de todos.

Entonces recordé que había dejado de lado mis tareas en el caserío de la Marquesa, así que esperé a que se hicieran las cuatro de la tarde, hora que pasaba por segunda vez cada día mi amigo el derramador, para pedirle que cuando llegara al caserío de la Marquesa fuera a ver a Doña Felipa y le comentara que hoy me sería imposible acudir a realizar mis tareas diarias. Juan Antonio me dijo que así lo haría.

Ya por la tarde se me ocurrió que quizá la única solución sería extraer el fragmento de pared que rodeaba la mano adherida. Así pues, tras localizar el escoplo y la maza, me dispuse a golpear la pared. Primero di un leve golpe a unos cinco centímetros de la mano para evitar dañarla. Aquel golpe no hizo el menor efecto en la pared, que seguía intacta. En cambio, el sonido que produjo me dejó desconcertado. Era un sonido agudo, fino y metálico, como cuando se golpean dos martillos entre sí. Cierto que tanto el escoplo como la cabeza del grueso martillo que empleé están hechos de

hierro, pero el sonido que producen al chocar es claramente distinto a aquel otro sonido que oí. Volví a asir la maza y el escoplo y de nuevo asesté un nuevo golpe a la pared, pero esta vez con más energía. En esta ocasión noté algo que me asombró sobremanera: mi hermano se estremeció de dolor, retorciéndose sobre sí mismo en el momento en que di el golpe. Le pregunté si le había saltado algún fragmento de la pared, pero me dijo que no, que había sentido un fuerte pinchazo en alguna parte dentro de su estómago. sorprendentemente, la pared de nuevo permaneció intacta. El sonido del golpe se quedó por unos segundos resonando entre las paredes de la habitación.

Pensé que si, en lugar de aporrear la pared, usara la picaza de Padre podría arañar la pared, haciendo un círculo en torno a la mano y así erosionarla cuidadosamente hasta que se desprendiera la parte en donde estaba pegada la mano. Entonces bajé al almacén y, entre los aperos de labranza, localicé, no sin esfuerzo, la pequeña picaza. Subí de nuevo al cuarto de mi hermano y me dispuse a efectuar tan incómoda operación.

Inicié mi intento de horadar la pared describiendo un círculo en torno a la mano pero, sorprendentemente, la pared no mostraba un ápice de desgaste. Al contrario, la punta de la robusta picaza se vio claramente limada. No pude hacer nada.

Cada hora que ha pasado ha hecho crecer nuestro nerviosismo. El Sol se ha puesto y lo único que hemos podido hacer es cenar y dejar para mañana la separación de la mano.

Ya reclinado en la cama, por supuesto en el centro de mi alcoba, reflexiono sobre el asunto: no puedo dar explicación plausible a este fenómeno que tantos trastornos está ocasionando a mi hermano y al resto de la familia. Padre ha dicho que mañana irá a ver al rector de la Iglesia de Santa María. Madre ha estado rezando toda la tarde. Quiero negar que esta situación esté producida por algún ente endiabrado, pero las evidencias casi me están haciendo pensar ya en ese sentido. He de hablar con Doña Felipa que seguro puede ayudarnos a solucionar este problema. Estoy seguro que mañana daremos con la solución.

24 de enero de 1864: Esta mañana el horror se ha apoderado de mí cuando he ido a ver a mi hermano. Le he encontrado con su mano introducida ya hasta la mitad dentro de la pared. Aunque aún se podía ver la palma de la mano y cuatro de sus falanges, el dedo meñique había desaparecido, ingerido por la monstruosa pared.

Examiné con cuidado de nuevo el punto de unión entre la mano y la pared. Observé con gran sorpresa que éste era ahora indistinguible. La mano estaba unida a la pared sin solución de continuidad, de forma que no se sabía dónde acababa la mano y empezaba pared. Ese fenómeno de atracción de nuestros cuerpos hacia las paredes se había tornado, en el caso de mi hermano José, en un inexplicable proceso indoloro de fusión entre ambos cuerpos.

Rápidamente bajé y me subí al carro de Padre en dirección al caserío de la Marquesa. Padre salió bien temprano para localizar y traer al rector de la

iglesia de Santa María, así que se quedó Madre al cuidado de José.

Atravesé los caminos a toda velocidad y pude llegar, no sin más de un sobresalto, a la casa de Doña Felipa. Ella estaba en el pórtico anterior del caserío, tomando el desayuno con los primeros rayos del Sol. Se extrañó de que mi arribada fuera tan intempestiva, pero lo que tenía que decirle era demasiado importante.

Le expliqué atropelladamente las desventuras que nos estaban aconteciendo últimamente, la extraña atracción y el terrible fenómeno que le estaba sucediendo a mi querido hermano José. Ella trató de que me calmara. Me pidió que le explicara de forma más ordenada los sucesos vividos en nuestra casa.

Ya más calmado, volví a relatarle todo lo que nos había sucedido desde que llegamos a nuestro actual hogar. Primero le detallé la extraña situación vivida con los perros hace ya más de dos años y que nítidamente recordaba. Luego le relaté, con todos sus pormenores, las pesadillas que me amargaron durante tantas noches. Seguidamente, con una narración ya más fluida y tranquila que antes, pasé al proceso de atracción que las paredes comenzaron a ejercer sobre nosotros desde hace unos días. Por último, le relaté la desesperada situación actual de mi desdichado hermano. La Marquesa tuvo una mirada grave al acabar el largo relato. Me dijo que había oído hablar de hechos sobrenaturales que acontecieron en esa casa mucho antes de que fuéramos a vivir en ella; hechos, que hacían referencia a imágenes diabólicas en las paredes, y de laberintos, que aparecían de repente entre estancias de la casa que hacían perderse dentro de la casa durante horas y horas hasta encontrar la salida. Ella, al tener una alta

educación en literatura y en ciencias, nunca las creyó y siempre atribuyó dichas historias a la leyenda fantástica popular o a algún enemigo que quería desacreditar a la familia.

Me comentó que esas historias estaban datadas unas en torno a casi doscientos años atrás y otras a unos ciento treinta años aproximadamente, época durante la que vivían en la casa antepasados nuestros. También cuenta la historia que, bastantes años después, la casa fue arrendada a una familia burguesa de la Bretaña francesa. Esa familia era conocida por 'los franceses', teniendo una excelente relación que mantuvieron desde el principio con las humildes monjas del convento de Santa Clara. Estuvieron durante más de veinte años viviendo apaciblemente. Pero hacia el final del pasado siglo, sin motivo aparente, decidieron volverse a su país. No dejaron explicación de por qué se marcharon. Fue un hecho que dejó asombrado al pueblo entero, pues era una familia afable y de gran respeto entre los ilicitanos. Por el pueblo se corrió el rumor de que uno de sus hijos había enloquecido durante una noche y que tuvieron que llevarlo sin demora a un sanatorio en Caen. Personas conocidas de la familia esperaron a que volvieran, pues habían dejado casi todos los enseres en la casa, pero no se volvió a saber más de esa familia. Algunos dijeron que el hijo enloqueció al ver al diablo en persona en la casa, otros dijeron que fue el Padre y otros que algo espantoso tuvo que ocurrir en la casa y que provocó un estado de locura en toda la familia.

Doña Felipa me dijo que nunca creyó en esas historias, pero ahora parecía tener suficientes motivos para pensar que algo de real tuvieran.

Bajamos rápidamente a la Biblioteca para intentar localizar desesperadamente algún libro de ensalmos, hechizos o sortilegios, ya que los que anteayer tomé no sirvieron de nada. Tras una larga búsqueda localicé, detrás de una pila de libros desordenada, un libro que llevaba por título 'Brujería, encantamientos y magia blanca'. Lo tomé y le quité el abundante polvo que tenía y que apenas dejaba ver el título. Bajo ese libro había otros tres libros más de sortilegios y ensalmos.

Junté los cuatro libros para hacer un improvisado fardo. En ese instante vi que bajo de los libros que no tomé había una tabla rectangular que parecía ocultar una cavidad inferior. Aparté los libros, levanté la tabla y hallé una oquedad con un vetusto libro en su interior. Lo saqué. Tenía una burda encuadernación. En la tapa, que era una hoja más gruesa que las demás con una de las esquinas ennegrecida, apenas podía leerse un desdibujado título: 'Desgracias y desdichas de Zárate el Escriba'.

Inmediatamente me embargó un sentimiento indescriptible de emoción y sorpresa. Quizá, pensé, que el 'Zárate' que rezaba el título fuera aquél Zárate que reconstruyó la casa actual; y tal vez él tuviera también algún percance como el que estamos teniendo; y tal vez él diera con la solución para sus desgracias y desdichas. Sin pensarlo dos veces, levanté con cuidado la tapa y hojeé rápidamente el manuscrito. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que todas las hojas excepto la primera y la última estaban completamente en blanco.

En la última había unos garabatos imposibles de comprender, mientras que en la primera había un mensaje misterioso de cuatro palabras. Era lo único

que había escrito y que fuera legible. Este texto rezaba lo siguiente:

'Aqua Flamma Fisga Fidelitas'

Dada la premura en la búsqueda de soluciones para la situación de José y no viendo utilidad en el manuscrito de aquel olvidado ascendiente, lo dejé en el mismo lugar donde lo encontré, con intención de volver a él en otra ocasión.

Doña Felipa había estado revisando los últimos ejemplares que había recibido sobre ciencias físicas. Entre ellos seleccionó los 'Estudios de Autoinducción' de Michael Faraday, en el que se hablaba sobre la generación de fuerza magnética a partir de electricidad. Ella me dijo que probablemente el libro que tenía entre sus manos lo explicaría todo, pues era el resultado de las recientes investigaciones de un importante profesor de Inglaterra.

De esta forma, ella con el libro de Ciencias Físicas y yo con los cuatro libros de magia blanca y brujería, regresamos a la casa para que ella pudiera ver lo incomprensible de la situación.

Llegamos a la casa en la hora justa del mediodía. Entramos y subimos a la estancia de José, en la que también estaba Madre. Nos acercamos y doña Felipa pudo ver la tan terrible situación. Situación que había vuelto a agravarse: la mano ya no se podía ver y parte del brazo estaba también adherido a la pared. Madre me miró y me dijo que había bajado un instante al horno de la cocina y que al volver lo había encontrado así.

La Marquesa le preguntó a José si estaba sintiendo algún dolor. José le contestó que no, que sólo

sentía un cosquilleo por la zona que estaba introducida en la pared.

Con curiosidad, Doña Felipa examinó la zona de unión del brazo con la pared, inspeccionando la zona primero con la vista y luego con la mano. Se levantó y siguió examinando el resto de la pared. Entonces me di cuenta que ella no experimentaba ninguna atracción hacia la pared, cosa que el resto de nosotros sí notábamos. Me preguntó qué había al otro lado de la pared. Le dije que sólo había una casa en ruinas y que la pared era medianera entre las dos. Dicho lo cual, se asomó a través de un discreto balcón trasero, desde el cual evaluó el grosor del muro. Me comentó la posibilidad de que pudiera ser que el muro estuviera compuesto por algún material férreo-arcilloso en su interior y que este material actuara de poderoso imán sobre algunos de nosotros. Le comenté que, caso de haber arcilla en el muro, habría saltado con facilidad al intentar horadar la pared con el escoplo. Además, todos los intentos de extraer la mano con fuertes tirones, sólo acababan lastimando al desgraciado José.

Era evidente que Doña Felipa se había percatado de que ella no tenía tendencia de adhesión hacia la pared como teníamos nosotros. Le pregunté las posibles razones de esta desigual influencia y ella, con una mirada directa y elocuente, dijo: 'Creo, Francisco, que sólo dentro de ti y de tu familia está la explicación al enigma. Algo me dice que el almacén de vuestro pasado y vuestro futuro son estos muros que ahora nos rodean. Tal vez la física y la razón no formen parte de este rompecabezas'.

Lo que me respondió obligó a detenerme un momento y reflexionar sobre el devenir de mi vida y de

mi familia. ¿Qué quiso decir con aquello de que los muros son el almacén del pasado? En un muro sólo hay soledad. ¿Qué me podrían decir unas piedras y un puñado de argamasa sobre mí y mi familia? ¿Por qué me habló de explicación y no de solución al enigma? ¿Acaso llegaré a saber alguna vez la razón de la adherencia de José, pero no, el mecanismo que llevara a su salvación? ¿Qué hay en el muro para que nos ocasione tal trastorno? Aquellas palabras me han estado atormentando la cabeza durante el resto del día.

Después de un largo silencio le dije a Doña Felipa que debíamos buscar algo o a alguien que nos ayudara a despegar a mi hermano de la pared, ya que parecía que el proceso iba en aumento. De repente ella se levantó de un improvisado asiento en el anaquel de la ventana y se dirigió hacia la salida de la casa. La seguí y le pregunté el porqué de aquella súbita huida. Me dijo que su buen y gran amigo Don Gerardo Alberola, académico de Ciencias Naturales y Químicas en la Universidad de Salamanca, estaba pasando unos días con su familia en el pueblo y que estaba a punto de marcharse de nuevo a Salamanca. Dijo que si se apresuraba, conseguiría aún localizarle para que viniera.

Momentos antes de cerrar la puerta tras su salida, vi que se aproximaban Padre y Don Federico, el párroco de Santa María. Al entrar en casa nos dimos los saludos de rigor. Luego, Don Federico me preguntó el porqué de la presura y celeridad de Doña Felipa al salir. Le dije que se fue en busca de ayuda de una amistad suya, pues la terrible situación en la que se encontraba mi hermano José requería todo tipo de apoyo posible.

El párroco, que no tiene muy buenas relaciones con la Marquesa, me conminó a que subiéramos sin

demora a ver a José. Así lo hicimos y, cuando se acercó a mi hermano y vio lo que estaba sucediendo, me dijo con semblante serio que aquello no podría ser resuelto por ciencia humana alguna, que algo diabólico había en las paredes. Dicho lo cual, nos pidió a Padre, Madre y a mí que saliéramos de la estancia de José, que necesitaba hablar con él en privado. Salimos del cuarto y esperamos fuera durante más de una hora.

Cuando se abrió la puerta, Don Federico salió con un semblante sudoroso y mirada desencajada, bajo el que se podía apreciar un cuello lleno de cardenales y moratones. Le preguntamos si estaba bien y qué era lo que le había ocurrido. Tan sólo nos dijo que necesitaba descansar y volver a la iglesia de forma urgente, que la única solución era hacer un ritual exorcista. Le comenté que cualquier idea para liberar a José sería bien recibida. Don Federico dijo que para realizar dicho acto era necesario consultar con el Obispo de Orihuela para que diera su permiso y que él mismo o algún superior suyo capacitado para ello viniera a realizarlo. Desgraciadamente dijo que esto le llevaría no menos de dos días.

Don Federico no quiso demorarse más y salió de la casa con una despedida fugaz.

Con tanto ajeteo se hizo la hora de comer. Madre pudo recomponerse del último susto y preparó un puchero de verduras y pollo, que no le llevó mucho tiempo, y lo subió a la habitación de José con el fin de comer todos juntos. Preferimos esperar a que acabáramos de comer para preguntarle a José qué había ocurrido antes, mientras estaba a solas con Don Federico. José no supo qué decir, sólo dijo que el párroco le había puesto una mano en la cabeza y la otra en la pa-

red. Justo en ese momento perdió el conocimiento. Cuando se despertó vio a Don Federico encogido a su lado titiritando. Entonces llamó al párroco por su nombre y éste reaccionó levantándose, yéndose rápidamente hacia la puerta.

Al momento sonó la puerta principal. Bajé rápidamente, pues supuse que era Doña Felipa con Don Gerardo. Así fue. Nos saludamos cordialmente. La primera impresión que tuve de D. Gerardo fue de persona ducha y de gran saber, pero, a la vez, afable y simpática. Le invité a entrar y le expliqué todo lo acontecido hasta el momento y que, por favor, subiera para que pudiera ver el fenómeno con sus propios ojos y así poder darnos alguna explicación de tan misterioso suceso.

Mientras subíamos por la escalera pude apreciar que a Don Gerardo tampoco le afectaba aquella atracción de las paredes. Sólo era yo el que tenía que ofrecer resistencia a esa fuerza maldita. De repente, mientras aún estábamos ya casi llegando al piso de arriba, el suelo se empezó a mover y nos tuvimos que agarrar a la baranda de la escalera para no caer rodando escaleras abajo. Nos vimos inmersos en un fuerte terremoto, que duró unos segundos interminables. Cuando por fin pasó, nos miramos los tres para ver si alguno de nosotros había sufrido algún daño.

Viendo que estábamos bien, nos apresuramos para ver si Padres o mi hermano habían sufrido algún daño. Entramos en la habitación. Allí estaba Madre tendida en el suelo con Padre a un lado auxiliándola. También había algo que ya me estaba imaginando después de sentir el temblor de tierra: aquella misteriosa adherencia había

aumentado y del brazo de José sólo se veía hasta el codo, el resto estaba fundido con la pared.

Don Gerardo, que hasta ese momento guardaba una aparente serenidad excepto por el instante del terremoto, se mostró claramente nervioso cuando vio a José atrapado por la pared. De la misma forma que anteriormente lo hiciera la Marquesa, se acercó y escrutó con detenimiento el punto de unión del brazo con la pared, saliendo de su boca una exclamación que indicaba fuerte sorpresa ante tal acontecimiento. Examinó visualmente la pared y luego se dirigió al rincón donde estaba la Marquesa y Madre, ya repuesta en una silla. Pidió a la Marquesa que se le acercara. En voz baja se dirigieron unas palabras que ninguno de nosotros llegó a escuchar ni adivinar. Así estuvieron unos minutos hasta que el profesor se volvió hacia mí y me pidió que saliera de la habitación junto a ellos; también le dijo lo mismo a Padre.

Ya fuera del cuarto, Don Gerardo nos explicó a Padre y a mí algo que nos dejó realmente trastornados. Advirtió, con semblante grave, que si lo que acababa de ver era lo que se imaginaba, debíamos dar por perdido el brazo y, además, si el proceso que estaba teniendo lugar seguía a ese ritmo, en cuestión de pocos días todo acabaría fatalmente. Nos dijo que de algún modo la pared y mi hermano estaban tomando parte en una fusión indolora que finalizaría con la unión total de ambos. Le pregunté el porqué de esta fusión y me dijo que, de la misma forma que compuestos orgánicos se disuelven en soluciones inorgánicas, José lo está haciendo con la pared y, además, cuando esto empieza, ya no es posible separarlos. Dijo que tan sólo sería posible si se invirtiera el proceso, algo impensable en la actualidad. Don

Gerardo finalizó su terrible comentario con la sentencia de que la única forma de sacar a José de allí era seccionando el brazo a unos dos dedos antes de su unión con la pared.

Padre dijo que de cortar el brazo nada, que la solución la tendría Don Federico. Acto seguido Padre entró de nuevo a la habitación junto a Madre y José. Fuera nos quedamos Doña Felipa, Don Gerardo y yo. Estuvimos hablando de la tozudez de Padre, de aquel misterioso proceso de fusión y de la necesidad de tener alertado a Don Aquilino Más, el médico del pueblo, para que viniera con todos los instrumentos necesarios para hacer la amputación. También hablamos de la necesidad de mantener en secreto todo lo que estaba sucediendo, ya que aquello mancharía a buen seguro el apellido de la familia.

Doña Felipa y Don Gerardo se quedaron durante una hora de reloj más entre nosotros, hasta que decidieron marcharse de la casa, quedando en venir mañana por la tarde para volver a ver a José.

Ya habiéndose puesto el Sol hace rato, hemos decidido cenar y acostarnos pronto ya que mañana nos espera otro largo día.

Hoy me quedo a dormir junto a José.

25 de enero de 1864: Me desperté al alba. Aunque había vuelto a pasar otra mala noche de horribles pesadillas, ya no tenía sueño y decidí incorporarme. Aprecié que José estaba de costado y aún dormía. Me acerqué para ver si el proceso de fusión seguía o si se había parado; o si, quizá, hubiese experimentado milagrosamente algún retroceso, pero no fue así. Es más, observé con horror que

el antebrazo estaba ya medio introducido en la pared. Además, aún más terrible todavía, parte de su pierna izquierda había entrado en contacto con la maldita pared y estaba también fusionada con la misma. Comprendí, entonces, la urgencia del proceso de separación de José de la pared, antes de que, al menos, le llegara a tocar partes vitales.

Pensando que Padre recapacitaría en la forma de separar a José de la pared, fui a su alcoba para hablar con él e intentar convencerle de la urgente premura de llamar a Don Aquilino. Anoche el proceso continuó inexorablemente y ahora José ya tenía, además, una pierna atrapada. Pero Padre fue tajante en la decisión de esperar a que llegara Don Federico. Dijo que si tenía que esperar uno, dos o tres días, lo haría, que esperaría los que hiciera falta.

Pasé la mañana con una mezcla de nerviosismo e incertidumbre ya que no sabía si el párroco podía llegar a tiempo para sacar a José. Don Gerardo me dijo que no había solución física de extraer entero a mi hermano. A pesar de la opinión de Don Gerardo, leí parte de los libros que la Marquesa y yo nos trajimos. Pero en aquellos libros tampoco pude encontrar ninguna posible solución. José, que hasta ese momento no parecía ser consciente de la fatalidad real de lo que le estaba ocurriendo, comprendió lo terrible de su situación. Entonces, viendo que ya no sólo era su brazo el que estaba dentro del muro, sino que ya era además un pie, estuvo toda la mañana rezando y suplicando a Dios que le liberara de aquel encadenamiento a la pared que, mucho me temo, acabará por devorarlo.

Ya durante la comida del día sonó la puerta de entrada. Dejé el plato a medio comer para acudir a abrir la puerta. Gratamente vi tras la puerta a Don Aquilino que, avisado discretamente por la Marquesa, había acudido a evaluar la situación con motivo de preparar todo el material necesario para la sangría.

Le acompañé hasta el cuarto de mi hermano. Allí pudo ver lo extraño de la situación. Encontramos a José reclinado de lado en la cama acabando su plato de comida. Don Aquilino examinó el misterioso acontecimiento, de la misma forma que lo habían hecho Don Gerardo y la Marquesa, y le preguntó a José si sentía algún dolor en este momento. José le dijo que hasta el momento no había sentido dolor alguno, pero, extrañamente, sí notaba molestias, como una punzada aguda, cuando alguien en la habitación golpeaba accidentalmente las paredes con alguna silla o sillón.

Entonces, el médico marcó con una pluma la zona donde debería efectuar los cortes y anotó, en unas hojas sueltas: la posición del cuerpo con respecto a la pared, los instrumentos necesarios, gasas, cuerdas para torniquetes y otros elementos necesarios. José vio aquellas notas y mostró repentinamente desesperación, pidiéndonos que lo separásemos de ahí. Don Aquilino le dijo que tal operación no era sencilla y que los materiales necesarios debía adquirirlos en Alicante, cosa que le llevaría, al menos, hasta mañana por la tarde, además estaba la decisión de Padre, que había que respetar.

Sabiendo que había que actuar en cualquier caso con premura, le pedí por favor que comenzara a disponer de todo lo necesario para efectuar la operación de mañana por la tarde. Acto seguido, salió de la casa con la intención de viajar esta misma tarde a Alicante.